

A nadie se lo he contado, pero una vez te oí susurrar a un amigo que no entendías cómo seguía junto a ti, una mujer bandera, tan deseable y hermosa, viviendo con un hombre como tú, que en nada se parecía al joven que me conquistó, aquel chico arrollador que corría como un guepardo y seducía a las quinceañeras en las pistas de atletismo. Lo decías con nostalgia, con una sonrisa triste, y añadías: no lo entiendo, cualquier día se lo piensa y me deja por un Romeo con hechuras de galán.

Nunca te lo he contado, ya sabes, soy poco habladora, pero me conmueven tus promesas, esas que desgranas por la noche, apretando con fuerza la almohada, mañana madrugo y voy correr, musitas, luego te palpas la rodilla, tu menisco herido y machacado, como si quisieras ignorar algunas cicatrices. Déjate de locuras, te digo, que corran los cobardes, te van a llenar de clavos como a un androide, mañana lo que harás es traerme el desayuno a la cama, que te sale cojonudo, y tú protestas, y me dices vaya cara qué tienes, bromeas con tu rodilla, por la forma en que me miras, cuando la toco y me sonrío, parece que te hubiese hecho un regalo de Navidad.

Nunca te lo he contado, pero no son tus flores –que me encantan-, ni tus caricias –que me enloquecen-, las que me siguen reteniendo junto a ti: son otras cosas, Juan, tareas que nadie te enseñó a hacer y que a pesar de todo afrontabas con afán, casi con una resolución cómica: como esa insistencia en preparar la cena nuestra segunda noche en casa, ¿recuerdas?, el delantal del revés y los ojos llorosos por la cebolla, yo no cesaba de reír, como aquel día que te pinchaste los dedos zurciendo un botón minúsculo.

Nunca te lo he confesado, Juan, pero sigues planchando rematadamente mal, como un primerizo, como si la plancha fuese un pedrusco, pero me chifla tu torpeza, a veces te oigo hablar con las sábanas –cómo serán tan grandes, murmuras-; o las camisas – los cuellos son imposibles, rematas -; y sobre todo mis blusas, tan pequeñas, tan esquivas, que repasas tenazmente como si te fuera la vida en ello.

Nunca te lo he contado, pero si tuviera que elegir un solo recuerdo, una imagen que proteger del olvido, no serían las ciudades que visité junto a ti, ni los años de juventud y belleza, sino un día lluvioso, la tarde de noviembre en que, aturdido y deslumbrado, abriste los ojos como un búho y cambiaste los pañales de Laura por primera vez. Ese día supe, con una certeza insobornable, que serías, pasase lo que pasase, mi mejor compañero.

Y nunca te lo he contado, mi vida, pero me divierte que me sigas explicando en qué consiste el fuera de juego, sobre todo cuando congelas la imagen de la tele y se te pone, a pesar de ese aire doctoral que adoptas, cara de niño.